

cursos, parlamentos y... brindis. «Si había alguna esperanza de detener o retardar la reunificación —declara sin ambages la ex-premier—, ésta provendría únicamente de una iniciativa anglofrancesa. Sin embargo, nos encontraríamos muchas vías abiertas incluso aunque el presidente francés intentara llevar a la práctica lo que yo sabía que eran sus temores secretos [...] Casi toda la discusión que tuve con el presidente Mitterrand en el Palacio del Elíseo el sábado 20 de enero [1990] versó sobre Alemania. Retomando las observaciones de Mitterrand en Estrasburgo, dije que era muy importante para Gran Bretaña y para Francia establecer conjuntamente cómo manejar los acontecimientos de Alemania [...] El presidente estaba claramente irritado por las actitudes y el comportamiento de Alemania. Aceptaba que los alemanes tuvieran el derecho a la autodeterminación, pero no tenían derecho a trastornar las realidades políticas de Europa; y tampoco podía aceptar que la reunificación alemana tuviera prioridad sobre cualquier otra cosa. El problema es que en realidad no había en Europa ningún poder capaz de detener la reunificación. Mitterrand se mostró de acuerdo con mi análisis de los problemas pero dijo que no sabía qué podíamos hacer. Sostuve que al menos podíamos utilizar todos los medios de que disponíamos para hacer más lenta la reunificación [...] Mitterrand afirmó que compartía mis preocupaciones sobre la denominada «misión de Alemania en Centroeuropa. Checos, polacos y húngaros no querían estar bajo la influencia exclusiva de Alemania, pero necesitaría la ayuda y la inversión alemanas. Le dije que no debíamos aceptar que Alemania tuviera un poder especial sobre estos países, que teníamos que hacer todo lo posible para extender nuestra propia influencia allí [...] En Moscú, la mañana del día siguiente y durante la comida, Gorbachov y yo hablamos francamente sobre Alemania. Le expliqué que aunque la OTAN tradicionalmente había hecho declaraciones apoyando la aspiración alemana a la reunificación, en la práctica estábamos bastante inquietos. Gorbachov me confirmó que la Unión Soviética tampoco deseaba la reunificación alemana».

Igualmente, de aceptar sus afirmaciones, Thatcher sería una convencida europeísta, pero conforme a otras coordenadas a las habitualmente trazadas en el continente para señalar la ortodoxia de un sentimiento convertido en el ánimo de sus más fervorosos seguidores

en una religión. Hasta que se llegue a habitar en la «Casa común», aún muy lejana en el horizonte histórico, según su opinión, habrá que seguir viviendo en las viejas mansiones llenas de singularidades, de costumbres propias y tradiciones intransferibles, de diversidad, en fin.

Junto con la indicada, otra de las causas que ha alejado a la ex-premier de comulgar con el modelo imperante en Bruselas ha sido el tufillo socialista que ha creído desprenderse de él —al menos durante los años de plenitud mitterrandiana. Sin embargo, tanto a la hora de las grandes decisiones como en la convivencia personal, la «Dama de Hierro» acertó a distinguir entre lo esencial y lo anecdótico. Así defendió con viveza, conforme a su testimonio, la inclusión de España y demostró siempre hacia su carismático líder socialista una viva simpatía y estima.

Otro eje del análisis de la política exterior británica durante su largo mandato es, como fácilmente se adivinará, el relato circunstanciado de la guerra de las Malvinas, nombre de amplias resonancias en la historia española desde mediados del siglo XVIII. En este capítulo, sin embargo, los secretos de Estado revelados ahora por la pluma de la antigua dirigente inglesa son bien pocos, sin que lleguen a aportar gran cosa a las investigaciones ya conocidas de estudiosos e historiadores. Al igual que en otras muchas ocasiones del pasado remoto y reciente, la guerra sirvió para avivar la conciencia nacional, así como para coronar algunas líneas de gobierno puestas en marcha a raíz de la llegada de los *tories* al poder en mayo de 1979. Empero, en esta crisis cuya responsabilidad es atribuida, obvio es apuntarlo, por entero a los crapulosos mandatarios argentinos, ya no bastó como en los viejos tiempos «mostrar la Flota» para que la amenaza al pabellón inglés desapareciese al conjuro de la exhibición de su temible escuadra.

Ésta debió hacer un esfuerzo logístico y técnico de primera magnitud antes de entrar, con completo éxito, en combate y dejar a las unidades de tierra la operación de limpieza en que, en última instancia, frente a un adversario heroicamente inmolado, se convirtiera el conflicto. Pero si impecable fue el funcionamiento de la máquina de guerra británica, más impecable aún —y la propia Thatcher no tiene empacho en reconocerlo— fue la sintonía entre Londres y Washington, rememorando los anales gloriosos de la segunda guerra mundial...

Muchos otros temas, hombres, logros, reveses, lances y caminos, transitan por los capítulos y las páginas de un libro que enseña no pocas cosas sobre los móviles de alta política y de los personajes encaramados en las cumbres del poder como asimismo de los mecanismos que accionan esas operaciones que harán siempre del Estado y sus razones un monstruo frío. Aunque sólo fuera por ello —y hay, como decíamos hace un instante, algo más en sus renglones—, la obra merecería el agradecimiento de sus lectores.

Traducción fiel, aunque a la baja, de la prosa vulgar de una Margaret Thatcher entre cuyos dones no se incluye, manifiestamente, el de la inspiración y belleza literarias.

José M. Cuenca Toribio

Liscano, el poeta

En el plazo de dos años, la coincidencia en la publicación de dos antologías, de la reedición de dos de sus poemarios más importantes y, finalmente, del homenaje que acaba de rendírsele en la II Bienal Nacional de Lite-

ratura «Mariano Picón Salas», celebrada en Mérida en septiembre de 1993, ha centrado la atención en la poesía de Juan Liscano, ese aspecto de su obra algo perdido dentro del cúmulo de escrituras y actividades de un hombre que, a sus casi ochenta años (nació en Caracas, en 1915), sigue siendo múltiple. Del olvido o, por lo menos, del descuido de su lírica se ha quejado Liscano públicamente con frecuencia. Pero, en este caso, no se trata tanto de pereza por parte de la crítica sino del desenfoco sugerido por la misma riqueza y variedad de su producción ensayística (más de veinte libros, sobre antropología y folklore, literatura, artes plásticas, mitos, historia, política, etcétera), acompañada de una sostenida tesitura polémica, de constantes entrevistas, de artículos semanales en que comenta la actualidad del país, todo esto sin olvidar al fundador de revistas, al investigador pionero de la cultura popular venezolana, al director de suplementos culturales de la prensa, al editor y al hombre público, involucrado en los últimos años en movimientos cívicos contra la corrupción y los desmanes del poder.

Así, la amplia selección de poemas —más algunos ensayos— realizada por Oscar Rodríguez Ortiz en *Fundaciones, vencimientos y contiendas*¹; la personal *Antología poética*, también con prólogo de Rodríguez Ortiz²; más la reedición de *Nuevo Mundo Orinoco*³ y de *Cármenes*⁴, invitan a considerar sin más la poesía de Juan Liscano.

A la vista del conjunto de su lírica, desde *Contienda* (1942) hasta *Vencimientos* (1986), y en realidad hasta el mismo *Resurgencias* que, aún inédito como libro, aparece fragmentariamente en la *Antología poética*, queda claro que la poesía de Liscano ha sido fiel a un erotismo esencial, expresado predominantemente con elementos tomados de la naturaleza, mientras la naturaleza resultaba a su vez erotizada, pero cumpliendo funciones diversas según el contexto de cada título.

¹ *Fundaciones, vencimientos y contiendas*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1991, 296 páginas. Selección, prólogo, notas, cronología y bibliografía de Oscar Rodríguez Ortiz.

² *Antología poética*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1993, 200 páginas. Selección de Juan Liscano, prólogo de Oscar Rodríguez Ortiz.

³ *Nuevo Mundo Orinoco*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1992, 224 páginas. Prólogo de Michel Doudoroff.

⁴ *Cármenes*. Fundarte, Caracas, 1993, 64 páginas.

En *Contienda* asistimos a un detallamiento del cuerpo de la mujer inusual en nuestra lírica —con excepciones como Alfredo Arvelo Larriva y Antonio Arraiz— hasta prácticamente las décadas de los setenta y los ochenta, en que las poetas se dedicaron a cantarse a sí mismas. Pero, más allá de la gula del prisionero en Arvelo Larriva (quien escribió casi toda su obra encarcelado por las dictaduras de Castro y Gómez) o del «fingimiento» indígena de Arraiz, con su aire como deportivo, el erotismo de *Contienda* es trágico y se inserta en una serie de círculos o marcos de los que se constituye en eje. Habría, en primer lugar, un marco natural, pues esa mujer de senos, caderas, cabellera, lengua, labios, axilas..., es también «fruta jugosa», valle que se abre, luna; es —como titula uno de sus mejores poemas— «Hija del mar y de la noche», definida por términos acuáticos, frente a un hombre que —en varios textos— se reconoce, aunque dubitativamente, como sierpe, pez, toro, semilla, espiga, árbol, «pájaro de la mañana». Al mismo tiempo, la naturaleza —la tierra, el viento— tendrá cabellos, boca, ojos, sangre, saliva, sexo, manos. Son, en suma, materialidades complementarias.

Pero la mujer —y, por lo tanto, también el hombre— pertenece igualmente a un orden primordial, arquetipal, en que ostenta potencialidades misteriosas, características salvíficas que, esta vez, son exclusivamente suyas. Porque, si se sugiere un origen prometeico de lo masculino, esto parece remitirse únicamente al pasado, mientras que, en «Hija del mar y de la noche», se despliega, aunque en forma de invocación, la capacidad femenina para operar positivamente en los dominios humano y natural. Vista en el centro de una constelación de signos, esa hija de la naturaleza, madre, maga, dadora del misterio, es también «mensajera de nuevos designios», «iluminado barco de divinidades tutelares», «más grande que el hombre, más grande que su angustia,/ más honda que el árbol de venas cortadas/ porque la paz y la vida estaban a los pies de tu impenetrable cabellera». De ahí el tercer círculo de este erotismo, que tiene como fondo la segunda guerra mundial, con constantes referencias a «la traición» y al «crimen», a «paisajes de alambres de humo», a una «ola de llanto» y otra «ola de vinagre», aunque siempre lo político venga envuelto en metáforas francamente dudosas.

Saltándonos varios libros, pudiera prolongarse el registro deteniéndonos brevemente en *Tierra muerta de sed* (1954), ese retrato de una región ardida, desolada, hostil, comida por la luz, clavada en un tiempo primordial, al margen de la historia, que sería simultáneamente una visión de cierta Venezuela y el desnudo esquema dramático de la existencia humana. Allí donde «Nada incita a vivir, mas la vida/ tenazmente resiste, persiste,/ reproduce su sed y sus hambres,/ sus carnales combates, sus cópulas/ de alacrán, funerales crueles;/ las viscosas de ofidios helados;/ las de pluma esponjada y arrullo;/ las calientes de activos mamíferos/ con sudores, jadeos y lenguas», no hay ya la armonía entre lo natural y lo humano que reinaba en *Contienda*, intercambiándose atributos entre ambos dominios y centrándose en el esplendor de la «Hija del mar y de la noche». Todo es más pobre, más seco, más elemental en este extraño libro, quizás el más duro de Liscano. Y en ese deambular como de horda, arrancando a la tierra tallos y raíces, la mujer «está llena de leche, de bulbos, de estaciones,/ es la abundancia única del hombre». Si para la angustia —existencial pero con fecha— del hombre de *Contienda* la mujer era grandeza, misterio, paz y vida, para el hambre del humano tribal de *Tierra muerta de sed* lo femenino es bebida, comida, casa y, en su escueto erotismo, «para su embestida es blando cuerpo».

Nuevo Mundo Orinoco (1959) vuelve a imbricar naturaleza e historia en torno a lo humano, en torno a su cuerpo concretamente, que es donde todo pasa. He señalado varias veces que en algunos poetas de la generación del sesenta —en Rafael Cadenas, Juan Calzadilla, Arnaldo Acosta Bello, Francisco Pérez Perdomo, por ejemplo—, el cuerpo del hablante sufre incontables agresiones, mutilaciones, reducciones, como un verdadero rehén de la violencia social. Esto lo encontramos ya en *Nuevo Mundo Orinoco*, llevado ahora a escala continental y con un alcance de 500 años. En el marco de una naturaleza sexuada como nunca en Liscano («Ventre de hembra, vientre: la cara de la noche;/ no tiene sino ombligo, no tiene sino muslos,/ no tiene sino sexo la cara de la noche»), pero también agónica, amenazadora, invasora, devoradora como nunca, y en el de una historia hecha de masacres, el chamán se retuerce en la profecía augurando la llegada devastadora de los descubridores («Sucio de sangre, sucio de espanto, sucio de saliva,/ tembloroso